

JOSE HERNANDEZ DIAZ

IN MEMORIAM

Murillo Herrera,
Maestro universitario

(1878-1978)

Laudemus viros gloriosos. *

El 3 de octubre de 1878 veía la luz pública en Vélez Málaga D. Francisco Murillo Herrera, quien en plena niñez se trasladaría a Sevilla con su familia, vecindándose en el número 9 de la triana plaza del Altozano. La Ciudad del Betis fue, hasta su óbito en 1951, su lugar de residencia y de trabajo, y durante largo tiempo el barrio de Triana, la collación donde moró, estudió y se hizo hombre. Fue, pues, un trianaero de adopción y, por supuesto, un sevillano de pro.

Es muy lógico y plausible que el Círculo Cultural Rociero de Triana haya querido dedicar el acto inaugural de sus actividades del presente curso, a conmemorar el centenario del natalicio de una auténtica gloria de la Universidad española; lo que no fue tan acertado es confiarme la memoración de tan singular personalidad, sin otras razones que haber sido el más modesto de sus discípulos, inmerecidamente su heredero en la Cátedra sevillana, trianaero y de una familia (la de mi abuelo José Díaz Carmona, médico-cirujano) muy ligada amicalmente a los Murillo. Por supuesto, que otros compañeros y discípulos podrían ostentar superiores títulos a los míos, para recordar a D. Francisco; pero entiendo que no he podido, ni menos debido, negarme en conciencia a la invitación tan cordialmente formulada por el Círculo.

Ciertamente que, conociéndole, como le conocía, declaro que actos como éste repugnaban a su temperamento, ya que en su absoluta humildad, huía con auténtica obsesión de todo exhibicionismo triunfalista. Era la reacción del Sabio, al que cuadraba perfectamente la conocida definición del Sagrado Libro del Eclesiástico; pero las vidas ejemplares es necesario recordarlas como faro del quehacer humano. Así lo hace la Iglesia, que aureola con el nimbo de la Santidad y eleva al supremo honor de los altares a quienes, por renunciar a las categorías externas de su propio yo, potenciando

* Disertación leída (2-XII-1978), en el Círculo Cultural Rociero, de Triana.

su vida interior, escalan las alturas de lo sobrenatural; y, por supuesto nada más contrario al sincero deseo de todos ellos.

De ahí que hemos abogado con su nombre el *Laboratorio de Arte* que fundó y fecundó, y colocado allí una lápida con su retrato, expresiva de justísimos y sinceros laudes. Estoy seguro que en su bien probada bondad sabría perdonarnos —pese a sus reiteradas prohibiciones— estos recuerdos, que con tanta emoción le dedicamos.

* * *

Veamos algo de su formación, ante la cual parece pesar la sentencia que define: “Preparaos para la vida, con empeño y seriedad”, pues así fue su signo.

En 1893, casi un niño, pues contaba tan solo 14 años, inicia sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras. Bien se observa en su expediente académico la difícil transición del bachillerato a lo universitario, pues las primeras disciplinas —Historia de España, Metafísica y Literatura— las pasa con las notas de Aprobado y Bueno. Mas al siguiente año se alza ya con la categoría de gran estudiante y obtiene las máximas calificaciones, tanto en las disciplinas filológicas —Lengua Arabe, Lengua y Literatura latinas, Lengua y Literatura griegas— como en las históricas. Aún se conservan los ejercicios escritos con que opositó a los premios ordinarios de algunas asignaturas, como los que tratan de la “Dominación etrusca en Roma” o “Gregorio VII y la lucha de las investiduras”, entre otros.

En junio de 1899 se graduó de Licenciado en la Facultad con un brillante trabajo sobre Heródoto, máximamente galardonado por un tribunal compuesto por D. Federico de Castro, D. Anselmo García y D. Antonio Collantes.

Exactamente un año después se doctoraba en la Universidad Central, mereciendo idéntico resultado la tesis presentada, que versó sobre el *Tratado de Alcántara (1479)*, históricamente considerado, juzgada por los Doctores D. Antonio González Garbin, D. Rodrigo Amador de los Ríos, D. Fernando Segundo Brieva, D. Mario Daza de Campos y D. José Surroca y Grau. Huelga encomiar el interés que tendría conocer este estudio sobre el final de la lucha dinástica entre Isabel la Católica y Juana la Beltraneja, y, por supuesto, acredita la personalidad como historiador de nuestro homenajeado.

Es curioso advertir que en el curso 1901-2, siendo ya profesor

auxiliar, cursó la recién creada disciplina de Teoría de la Literatura y de las Artes —profesada por el que fue su inolvidable maestro D. Luis Segalá—, la que había de desempeñar después como Catedrático Numerario.

Según era relativamente frecuente, casi al mismo tiempo (1894) inició sus estudios en la Facultad de Derecho, que se extendieron a lo largo de cuatro cursos, superando todas las pruebas en las disciplinas del correspondiente plan didáctico, galardonadas con Notables y Sobresalientes.

Pero es insólito comprobar, cómo completó su formación, licenciándose también en Farmacia (estudios que cursó por enseñanza no oficial en la Facultad de Granada —años 1912-13 y 1914-15— graduándose el 17-I-1917, con la calificación de aprobado), con lo cual fue amplísima su base de conocimientos; mas no sólo en extensión, sino singularmente en profundidad. Figura en su expediente académico, como nota curiosa al respecto, que en 1913 fue autorizado para realizar prácticas en la Cátedra de Química General, de nuestra Universidad.

Si en una pincelada hubiéramos de definir su personalidad, yo diría que fue un excelso *Humanista*, con evidentes categorías clasicistas e indudables matices jurídicos y científicos.

* * *

Con tan excepcional y sólido bagaje intelectual, marcado por el rigor metodológico universitario, advierte su vocación docente, que había de fecundar toda su vida científica. Cuarenta y ocho años de docencia oficial, magisterio prolongado tras su jubilación y aun *post mortem*, pues aún sigue viva su enseñanza en el campo universitario y social.

Así pues, en 1901, con veintitrés años, accedió a la enseñanza universitaria como profesor auxiliar interino, ocupando la plaza en propiedad tres años después. En junio de 1907 ganó por oposición la Cátedra de Teoría de la Literatura y de las Artes (juzgada por un tribunal compuesto por D. Antonio Sánchez Moguel, Consejero de Instrucción Pública, D. Prudencio Mudarra, D. Andrés Ovejero, D. Julio Nombela, D. Armando Cotarelo, D. Eugenio Sellés y D. Marcelo Macías, siendo sus suplentes D. Antonio González Garbín, D. Elías Tormo, D. José Banqué, D. Luis Segalá, D. José Jordan de Urries y D. Antonio Mejías; coautores a las Cátedras de

Granada y Zaragoza, D. Domingo Miral —catedrático de ésta—, D. Francisco de P. Amat, D. Eloy Navarro, D. Martín Domínguez y D. Manuel Bermúdez), que desempeñó 41 años, hasta su jubilación, en 1948, disciplina transformada en Historia del Arte, en un cambio de planes de estudio. Durante once años —1920-31— profesó también la Arqueología, como enseñanza acumulada.

Nunca quiso ocupar cargos de gobierno en la Universidad; por excepción aceptó, en 1909, la Secretaría de la Facultad, y fue solamente Decano interino de 1937 a 41, por imperativas razones derivadas de la guerra civil. Por esta misma causa —clausurada la Universidad a efectos docentes—, Murillo Herrera con otros compañeros, Numerarios o Auxiliares temporales, ejerció su magisterio en el Instituto Nacional de Enseñanza Media "Murillo", dirigido al efecto por Lora Tamayo, y luego por quien os habla.

Su amor a la enseñanza y a la formación pedagógica de los escolares le llevaron a desempeñar, durante cinco años, la dirección del Colegio Mayor universitario Santa María del Buen Aire, prácticamente creado e iniciado por él, donde desarrolló una tarea acorde con los auténticos fines de dichas fundamentales instituciones; cesando en 1945.

Alguien ha dicho que los porvenires se levantan siempre sobre recias y desinteresadas conductas, y ello lo vemos en todo esto, hecho realidad.

En esta misma fecha fue designado Director Honorario del Laboratorio de Arte, por él fundado, y cuatro años después Rector honorario de su Universidad, nombramientos que no le satisficieron, por su afán de aislamiento y la obsesión de pasar desapercibido.

Por ello renunció a los cargos de Consejero Nacional de Instrucción Pública, de Académico Numerario de la Real de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de Correspondiente de la Nacional de San Fernando, y a otros más. Solo y únicamente quise ser Maestro Universitario.

* * *

D. Francisco había recibido de su maestro Segalá una sólida formación clásica y una rigurosa y sabia metodología, que se impuso en toda su labor; y fue, sin duda, su norma suprema pedagógica. Concibió la enseñanza de las Bellas Artes con sentido histórico y al par filosófico, deteniéndose en la sinopsis de todas las épocas y, al

propio tiempo, en la estilística de tiempos, pueblos, escuelas y maestros, para conocer las auténticas categorías que fecundan las obras de Arte. No se detuvo, pues, únicamente en lo estrictamente morfológico (importante, pero engañoso a veces si se considera como meta del saber artístico, ya que puede incidir en conceptos naturalistas), sino que profundizó en la filosofía de la obra de Arte, arrancándole su verdadero mensaje. Es decir, valorando el relativismo empírico y fenoménico, como soporte de lo permanente y absoluto.

Competentísimo en su materia, al día en la bibliografía, conoció la riqueza artística atesorada en las ciudades y museos de España, Italia, Portugal, Francia, Alemania, Austria, Hungría y otros países, que en repetidos viajes estudió, manejando idiomas, como indispensable instrumento de trabajo.

Eran tiempos de crisis y renovación intelectual, laborando en el palenque universitario los neokantianos de la Escuela de Marburgo, las corrientes krausistas, el neoescolasticismo de Lovaina y otras tendencias ideológicas.

La pedagogía, para Murillo Herrera, tenía un fundamento doctrinal, que cimentaba la contemplación y el análisis de las obras de Arte, bien directamente en excursiones y visitas artísticas, o mediante libros, fotografías o diapositivas, es decir, nos enseñaba a "mirar" y a "ver"; y ello servido con finísima elocuencia, que cautivaba a quienes le escuchaban en el Aula. Y al par, con absoluta objetividad, exponiendo con estricto rigor los valores sustanciales y las matizaciones de épocas, estilos, escuelas, períodos y artistas, sin más encuadres peyorativos; de tal modo que destacaba los juicios de valor, sin incidir en los de gusto, de forma que no pocas veces nos preguntábamos cuáles serían las preferencias del maestro, ante la historia del Arte.

Tan sólida era la formación adquirida en su Cátedra, que a muchos de sus discípulos les permitió acceder a la docencia superior; es cierto que hubo que ampliar conocimientos, mas edificando sobre la base roquera de lo que el maestro nos infundió, y siguiendo siempre sus orientaciones, consejos y generosa ayuda. Los alumnos de Murillo destacábamos en los cursos del Doctorado que se impartían en la Universidad Central, deshaciéndose Tormo y Gómez Moreno en justos elogios de la personalidad magistral de Murillo Herrera. Ya en lo estrictamente arqueológico —materia adjunta del maestro— destacábamos también junto a los formados en Centros especializados.

Pero sus diarias conferencias magistrales, impartidas a los que seguían la docencia oficial, la compartían numerosos artistas y elementos cultos de la Ciudad, ávidos de beneficiarse de las sapientísimas y amenas lecciones de tan singular docente. (Aquí cabe recordar que Vives, parafraseando a Sócrates afirmaba "que agradecía no a quien le daba dinero sino a quien le quitaba ignorancia"; con ello se manifiesta uno de los efectos de las tareas de extensión universitaria.) Que yo sepa no cultivó ningún oficio artístico; pero indudablemente tenía alma de artista y por ello poetizaba, sentía y gozaba a tono con su rica modelación espiritual. Por ello es curioso recordar que con destreza interpretaba al piano partituras musicales,

Y en todo caso, como auténtico maestro, potenciando la especial significación del discípulo, conociéndole y por ende modelando su personalidad, sin frustrarla, desvirtuarla o derivarla. En él parecía hacerse realidad aquella aseveración de Sócrates al asegurar que no podía enseñar a quien no fuese su amigo. A esto hoy se llama despectivamente paternalismo; pero es indudable que pedagógicamente estas corrientes formativas han producido óptimos y ópimos frutos.

Y todo esto con dedicación permanente y absoluta, por vocación definitiva y no por puro recurso administrativo, como ocurre tantas veces; y por supuesto, sin concesión alguna al halago ni a la galería, sin otra recompensa que la satisfacción del deber cumplido. Muchas veces al pensar en todo esto, recordaba la acertada frase de Thibon afirmando de este tipo de personas "que una nueva alegría nace en él: la alegría grave, silenciosa e incorruptible de entregarse".

* * *

A Murillo Herrera le cuadraba a maravilla la conocida y profundísima definición del *Vir bonus docendi peritus*, pues, si fue sublime el magisterio de su ciencia, volcada a raudales, con sencillez y modestia ejemplares, era inefable el magisterio de su vida modélica, ya que sin claudicación alguna, ni aun siquiera con altibajos, sino manteniendo una trayectoria de gran altura, logró hacer de la caballerosidad, del desinterés y aun a veces del renunciamento y del sacrificio, la norma de su conducta. ¡Qué cierta y qué olvidada o preterida es la sentencia agustiniana de que las palabras atraen, pero los ejemplos arrastran!

El cumplimiento estricto del deber, sin regateos ni martingalas,

entregándose plenamente hasta la meta muy alcanzable que consiste en hacer siempre y en todo momento cuanto se sepa y cuanto se pueda; la conciencia de que el magisterio, la formación de hombres, es la tarea más noble que socialmente pueda realizarse, son algunos de los rasgos distintivos del docente, que Murillo Herrera poseyó en grado óptimo. Sintió la vocación y fue fiel al llamamiento: por eso su tarea fue fecunda y pervive entre los avatares de los tiempos.

* * *

Con moderna visión de la labor universitaria, hubo de preocuparse D. Francisco de dotar a sus Cátedras de los elementos de trabajo imprescindibles para realizar una labor sólida y eficaz. Con este concepto, sentido con aguda inteligencia y gran tenacidad, comenzó a reunir desde la iniciación de su magisterio, material gráfico de proyecciones y fotografías y una biblioteca especializada. Con los años aquel conjunto llegó a tener un considerable volumen, apto para emprender cualquier tipo de labor doctrinal o investigadora en relación con las Bellas Artes; el propio fundador lo bautizó llamándolo *Laboratorio de Arte*, indicando con ello los propósitos y el fin; toda una metodología de trabajo con el maestro al servicio permanente de sus discípulos y de cuantos a él llegaban en demanda de educación y consejo. Con feliz visión de las posibilidades locales, el *Laboratorio* se trasladó al Pabellón Mudéjar de la plaza de América, de la Exposición Iberoamericana, enriqueciendo notoriamente sus fondos, durante los años que permaneció allí y acreciendo las referidas tareas de extensión universitaria. Cuando llegó su jubilación en 1948, el *Laboratorio de Arte* era una institución singular, honra de la Universidad española; millares de elementos en su filmoteca y fototeca, y una nutridísima biblioteca, le otorgan el rango de ser uno de los centros artísticos de trabajo mejor dotados de los que puede disponerse en España. A través, pues, del *Laboratorio*, el maestro siguió y sigue enseñando, tras la culminación de su carrera y aun post mortem, como se ha dicho, mientras la Institución mantenga los principios fundamentales que inspiraron su erección, es decir, fiel en lo sustantivo, aunque con los matices propios de la evolución. Centro de docencia y de investigación, intuito y ejercido a principios de siglo, como proceso premonitorio de lo que hoy se juzga misión fundamental de lo universitario.

Muchas veces he recordado (ante tan ejemplar Institución), el proverbio chino que dice ser preferible encender una candela por modesta que sea, que perder el tiempo en maldecir la oscuridad; en efecto, el maestro se lanzó inteligentey audazmente a crear el *Laboratorio*, cuya vida y estado actual conocemos. ¡Cuánto se pierde por cobardías, escepticismos, negligencias, intrigas, envidias, etc., etc., etc., pensando que no merece la pena actuar si no se cuenta con todos los medios, sentados a la puerta a esperar que todo lo dé resuelto la Superioridad y desentendiéndose de lo que muchos desconocen, olvidan o niegan, algo que ya es apodíctico —quizás no lo mejor, sino lo menos malo— de que la función crea el órgano! D. Francisco, desde el inicio de su magisterio, modestamente, con escasos medios —y convencido de que donde hay un hombre, suple con su inteligencia y esfuerzo, muchas carencias—, encendió una tenue llama que vino a convertirse en orientador faro luminoso, en fuego que fecunda y prende. Con clarividencia afirmó Herschell que “el mundo no está hecho de cosas, sino de tareas”.

* * *

Un acusado espíritu autocrítico le llevó a no publicar, centrándose en sus clases magistrales, conferencias, etc.; pero de su magnífica dirección surgieron obras tan excepcionales como los X volúmenes de “Documentos para la Historia del Arte en Andalucía”, los tres de “La Escultura en Andalucía”, “Arte en América y Filipinas” y “Planos del Archivo de Indias” y numerosas monografías, en todas las cuales destaca la tarea de Angulo Iñiguez, Marco Dorta Pérez Embid, A. Sancho Corbacho, Guerrero Lovillo, y otros investigadores, entre los cuales formo como el último de ellos.

* * *

Difícil sería señalar la nómina de sus discípulos, cuya lista ocuparía centenares de nombres. Encuadrados en las Cátedras universitarias y en las de otros estamentos docentes, en las Artes Plásticas, Academias, Archivos, bibliotecas y museos, en diversas profesiones y aun no pocos eruditos e intelectuales, son legión los que se honran reconociéndolo como maestro; mas no sólo los que directamente fuimos sus discípulos, sino los que a través de ellos forman en las filas de los amantes de las Bellas Artes. Así, pues, existe una prestigiosa escuela de Historiadores de Arte, formados a la sombra

del maestro o de sus discípulos, cuales Angulo Iñiguez, Jiménez Placer, Marco Dorta, González Santos, César Pemán, Guerrero Lovillo, Gómez Piñol, De la Banda y Vargas, Sánchez Pedrote, Antonio Sancho Corbacho, Bernales Ballesteros, M.^a José del Castillo, Teodoro Falcón, Villar Movellán, M.^a Jesús Sanz, quien os habla y otros. Además de ellos, un núcleo de investigadores de Arte, de la propia escuela, entre los que sobresalieron López Martínez, Bermúdez Plata, Ortiz Muñoz, Pérez Embid, Heliodoro Sancho Corbacho, Muro Orejón, Calderón Quijano, Bago Quintanilla, Collantes de Terán, Camacho Baños, Lafita Díaz, Giménez Fernández, Respeto Martín, Martín de la Torre, Herráez, Salazar, Serrera, Morales, Lleó, Comes, Pérez Calero, Carmen Heredia, Teresa Dabrio, Jesús Palomero, Juan Miguel González, Carrasco Terriza, Conchita Hernández-Díaz Tapia y otros muchos.

* * *

Aparte de su específica misión docente, el profesor de Historia del Arte no puede prescindir de una actuación social, colaborando en la orientación y dirección de obras artísticas, clasificación de objetos de propiedad privada, etc., etc. Aun sin proponérselo ni desearlo, Murillo Herrera tuvo que participar en numerosos acontecimientos, sucedidos en los tiempos azarosos que le tocó vivir. Pero hay un quehacer excepcional que demuestra lo antedicho: la dirección en la tarea restauradora de las importantísimas Vidrieras de nuestra Catedral, durante el pontificado del Cardenal Illundain. Aparte de la referida dirección, se llevó a cabo una exhaustiva investigación en el Archivo Capitular, que me cupo el honor de realizar con la supervisión del maestro. El material acopiado —inédito en parte, revisado totalmente lo publicado por Gestoso— D. Francisco lo entregó a D. Diego Angulo y éste a su vez lo cedió al profesor Nieto, quien lo aprovechó en su conocido libro.

Pero toda la tarea social histórico-artística referida estuvo signada por la medida y el rigor. Sus líneas generales significaron el respeto a la tradición, como árbol frondoso que deja sus hojas con el paso del tiempo, conservando la vitalidad de la raíz y del tronco.

* * *

Nunca encomiaremos bastante la trascendencia del quehacer universitario y sus categorías formativas; mas los frutos no pueden

quedar en irritante cónclave, dentro de los muros del Alma Mater, pues deben fecundar a la Sociedad. Día a día lamentamos que el binomio Universidad-Sociedad no sea lo auténtico y eficaz que debiera, ya que entiendo es preciso que actúen como vasos comunicantes.

Los graduados universitarios constituyen una élite que encauza, dirige e intenta alcanzar metas; pero con sus propios medios y los recursos intelectuales, morales y de todo orden de que disponen, no lograrán escalar y fijar las cotas apetecibles y deseables. Lo universitario propende específica y necesariamente a lo universal —aunque sin olvidar el entorno donde opera— y ello exige y presupone una comunidad formada en los diversos estamentos docentes, culturales y sociales; sin ellos la tarea podría significar algo así como la voz que clama en el desierto. Es necesario y urgente formar ambientes aptos para que la vida madure con sus mil facetas y matices. Las grandes empresas no llegarán nunca a realizaciones válidas sin que los pueblos estén mentalizados al efecto y haya una conciencia colectiva que comprenda y secunde los proyectos dirigidos o pensados.

Pues bien, Murillo Herrera no sólo fue un ejemplar maestro universitario, sino que con su tarea personal o a través de sus discípulos, creó un ambiente propicio al conocimiento, comprensión, respeto y amor a las Bellas Artes; el *Laboratorio de Arte* lo proclama de consuno.

Pero, además, proclamo con íntima emoción que la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría —hoy Facultad Universitaria de Bellas Artes— es consecuencia directa y mediata de la semilla magistral, por él plantada; que la revitalización de la Real Academia de Bellas Artes, de idéntica advocación —con sus tareas investigadoras de publicación y promoción del arte actual— no hubiera llegado a donde está, si no hubiera existido el aliento del maestro; que la adaptación del viejo edificio de la fábrica de Tabacos para sede de la Universidad de Maese Rodrigo —con los continuos problemas que se plantearon por las ambivalentes urgencias de respetar al máximo sus valores estéticos y monumentales, sin detrimento de las instalaciones precisas para los diversos servicios humanísticos, experimentales y técnicos— no se hubiera logrado sin preparación derivada de las enseñanzas del maestro; que el “Catálogo arqueológico y artístico de la provincia de Sevilla” —con sus cuatro volúmenes editados y el material aún inédito acumulado, que

postula por su continuación— no se hubiera podido llevar a cabo sin la formación obtenida directamente en el *Laboratorio de Arte*, tan justamente llamado Francisco Murillo Herrera. Como testigo de todo ello de máxima excepción en tareas que me llegan al alma, donde dejé girones de mi vida al frente de desinteresados equipos de colaboradores y amigos, quiero reconocerlo aquí, en aras de la más estricta justicia.

Dos hombres a quienes Sevilla debe mucho —Luis Ortiz Muñoz y Florentino Pérez Embid, de gratísima recordación, malogrados ambos cuando tanto cabía aún esperar de ellos— fructificaron en gran medida en el ambiente creado por el maestro, que posibilitó y encauzó sus iniciativas y trabajos. Quien os habla, en el Rectorado, en la Alcaldía, en la Dirección General de Universidades y en la presidencia del Consejo Superior del Patrimonio Histórico-Artístico, procuró actuar, aunque modestamente, fiel a la huella impresa por el gran mentor de nuestra historia y de nuestro arte.

Las tareas investigadoras y publicaciones especializadas de diversas Corporaciones sevillanas y aun de otros lugares, son, asimismo, consecuencia del hálito vital infundido por el maestro.

Podríamos seguir ampliando estos conceptos y aspectos; pero creo que es innecesario. Como el grano de mostaza, convertido en fronda exuberante, así la obra de D. Francisco ha germinado hasta alturas inconmensurables.

Sólo la torpeza —que no mala voluntad— de alguno de sus discípulos —y ahora quiero dar un paso al frente— ha podido minimizar o quizás malograr aspectos diversos de este selecto laborar. No hay, pues, triunfalismo alguno, sino tan sólo el afán de realzar —magnificando cuanto lo permiten la justicia y la equidad—, la memoria de tan sabia personalidad.

* * *

Pero el *Laboratorio de Arte*, instalado entonces en el segundo patio del edificio de calle Laraña, era además de centro docente y de investigación, lugar diario de convivencia de cuantos en él laborbamos con la permanente y gratísima presencia del maestro, que hacía jugosas las horas. Allí estaban cuando accedí a la enseñanza de la historia del Arte, en 1923, Bago Quintanilla, Respeto Martín, José M.^a y Antonio González Nandín, Muro Orejón y Diánez Leal, fundamentalmente, con algunas otras personas menos asiduas; An-

gulo Iñiguez trabajaba afanosamente en sus investigaciones y estudios. Intensas y serias ocupaciones en diversos menesteres, propios del Centro, iniciativas, proyectos, realizaciones; de allí surgió en 1924, la creación de la Cofradía del Cristo de la Buena Muerte, propiciada por Enrique Respeto, figurando varios de nosotros en la lista de fundadores.

Inolvidables las largas excursiones de grupos universitarios, dirigidos personalmente por D. Francisco, que enriquecieron extensa y profundamente nuestros conocimientos del Arte español.

* * *

Murillo Herrera llevaba a Sevilla dentro del alma. Amó su historia, sus costumbres, sus Instituciones y ¡cómo no! sus Cofradías. Buen trianero de adopción, según dije, formó en las filas de la Hermandad del Cachorro, imagen a la que profesaba delicada devoción. De fuente fidedigna he sabido que ocupó cargos en su cofradía y que gozaba entre los hermanos de singular y justo prestigio. Como anécdota al respecto, me contaron que un Viernes Santo, viendo desfilar los pasos procesionales, uno de los nazarenos más destacados inquirió su juicio sobre el desarrollo de la estación penitencial y de las sagradas efigies, y al contestar D. Francisco que no le agradaban los casquillos de plata en que remataban los brazos de la Cruz del Cristo, fueron quitados en la propia calle.

Muchas veces lo encontré solitario, presenciando el tránsito de las cofradías en nuestra Semana Mayor, entre la multitud y siempre en lugares de singular contemplación.

* * *

¡Cuánto hubiera gozado el maestro con la creación en 1968 de la Sección de Arte, de nuestra Universidad, surgida como fruto del ambiente y de la formación por él creados y vivificados! En ella sigue presente el hálito magistral, formándose los Licenciados y Doctores en Arte con amplia y profunda visión interfacultativa e interdisciplinar, análoga a la que D. Francisco obtuvo para sí; absolutamente necesaria, por otra parte, para conseguir frutos de madurez

* * *

El dolor es una circunstancia que temple los espíritus. El maes-universitaria.

tro sufrió una dura prueba: Casado (29-VI-1915) con D.^a Dolores de la Vega y Gil, vio deshecho su hogar a los pocos meses (6-III-1916), con el fallecimiento de su cónyuge, en plena juventud (23 años), arrollada por una nefritis intestinal, que no pudo cortar la ciencia, ejercida por el gran médico D. Enrique Tello. Levantó su vivienda en Gravina 84, y se refugió en la casa paterna, de por vida, hasta que se desbarató con la muerte de su madre. Desde entonces vistió siempre de luto y alguna vez le oí decir que podía tener un hijo de la edad de algunos de sus discípulos.

* * *

Y termino; mucho más podría y debería decirse; pero son muchas mis limitaciones. La Verdad y el Bien que intuyó toda su vida han lucido para él de modo absoluto y eterno. Es el perpetuo reposo y la paz con que el Supremo Hacedor premia a los justos y a los hombres de buena voluntad.

Que su ejemplo nos conduzca por el camino de la vida y que de él aprendamos el afán permanente de búsqueda de la justicia, de la verdad, de la libertad y del bien común, con la liberalidad con que lo hizo. Esta es la enseñanza de Murillo Herrera en el centenario de su natalicio; y ahora, en elocuente silencio, imitándole, volvamos cada cual a nuestro tajo a trabajar seriamente y sin desmayos, en holocausto de los valores racionales que nos caracterizan.

He dicho.

JOSE HERNANDEZ DIAZ



D. Francisco Murillo Herrera.

EN EL AÑO DEL SEÑOR DE 1907, EL
DR. D. FRANCISCO MURILLO HERRERA,
EJEMPLAR MAESTRO UNIVERSITARIO, FUNDO EL
LABORATORIO DE ARTE CON FINES DOCENTES
E INVESTIGADORES, ANEJO A SU CATEDRA
DE TEORÍA DE LA LITERATURA Y DE LAS ARTES.

EN 1968, AL CREARSE LA SECCIÓN DE
ARTE EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD HISPALENSE,
EL LABORATORIO DE ARTE ERIGIO ESTA
LÁPIDA PARA PERENNE RECORDACIÓN.

Lápida colocada en el patio del Laboratorio de Arte «Francisco Murillo Herrera»,
Universidad, Sevilla.